

COSMOPOLITISMO Y AMÉRICA LATINA:
LITERATURA MUNDIAL

SISKIND, Mariano. *Cosmopolitan Desires, Global Modernity and World Literature in Latin America*. Evenston, IL: Northwestern University Press, 2014.

Hace más de una década que se está asistiendo a un crescendo en el debate sobre globalización y literatura mundial. Este fermento ha llevado a una abertura interdisciplinar de ambos conceptos y ámbitos de estudio, además de una ampliación de la geografía de los corpus de análisis y

de los lugares epistemológicos desde donde proceden estas propuestas. En esta brecha se ha vuelto a reflexionar sobre la noción de cosmopolitismo y sobre la figura del cosmopolita, sobre todo en el caso de aquellos autores, agentes y mediadores culturales que han tenido un impacto en un contexto transnacional y que hayan llegado a intervenir en los procesos de circulación literaria. Ulrich Bech, en su *Cosmopolitan Vision* de 2006, habla del cosmopolitismo como actitud frente a la globalización, que puede ser ante todo una experiencia interna de superación y de multiplicación de las fronteras y de las oposiciones local/global y nacional/internacional. César Domínguez, en su contribución sobre el cosmopolitismo en el marco de *The Routledge Companion to World Literature* (2012), ahonda en la anterioridad del concepto de cosmopolitismo con respecto al de nación, ya que el cosmopolita, en cuanto ciudadano del mundo, vive en una condición desterritorializada, nómada y móvil, lo que no le impide realizar una idea social y un proyecto político de mundo. De hecho, el cosmopolita desarrolla una *imaginación dialógica, es decir, a raíz de una experiencia a la vez personal y colectiva, consigue conjugar costumbres y formas de pensamientos alternativas, que además practica y difunde en la geografía del sistema-mundo –económico, político y cultural– que atraviesa.*

En esta singladura se inserta el libro de Mariano Siskind, que ya en su título resume los puntos de partida y los objetivos de su argumentación:

Cosmopolitan Desires, Global Modernity and World Literature in Latin America. La sistematicidad y la claridad llevada a cabo en este ensayo denota una larga meditación, testimoniada en diferentes publicaciones anteriores a este trabajo, que además reflejan otros tres elementos –deseo, modernidad y América Latina– que complementan los argumentados precedentemente: cosmopolitismo, global(ización) y World literature.

Ya en las premisas, el crítico argentino –profesor especialista en Estudios Latinoamericanos en el Departamento de Lenguas y Literaturas Románicas de la Universidad de Harvard– deja claro el punto de partida epistemológico de su discurso, el *desejo do mundo*, formulado en sus memorias por el escritor Joaquim Nabuco en 1900, demostrando su interés hacia el mundo en un momento clave de la historia moderna, espectador de su tiempo y cosmopolita en cuanto a tendencias discursivas particularistas y universalistas, entre *meu país* y humanidad en sentido amplio. Reivindicaciones que en otro sentido Borges postulará en su famoso ensayo «El escritor argentino y su tradición» (1951-1953). El papel del autor cosmopolita destaca por su conciencia del campo literario mundial, del lugar de su tradición literaria y cultural en él y en su capacidad de modificarlo a partir de su experiencia entre «otros» países y literaturas. Eso representa un doble desafío: contra las estructuras hegemónicas de las formas eurocéntricas de exclusión y contra los patrones nacionalistas de auto-marginación (6). Siskind apunta: «*Cosmopolitan*

Desires reads Latin American literary modernity as a global relation, a set of aesthetic procedures that mediate a broadened transcultural network of uneven cultural exchanges. It traces world-making discourse and physical displacements within comparative, translational, and displaced frames from the 1870s onwards».

Siskind pone en el centro de atención al intelectual latinoamericano, especialmente aquel escritor cosmopolita capaz de formular discursos estratégicos –y, a veces, imaginarios– sobre figuraciones del mundo a partir de su deseo de modernidad y de su aspiración de recolocar su realidad geocultural de partida (18; 21-22). A pesar del recelo mostrado desde varios frentes historiográficos de la crítica latinoamericana hacia la figura del intelectual cosmopolita y hacia su visión universalista, Siskind apuesta, en cambio, por un análisis que se articule a través de la complementariedad entre los conceptos de transculturación –acuñado por Fernando Ortiz en 1940 y «evolucionado» en su estudio *narrativo* hecho por Ángel Rama en 1974– y cosmopolitismo, del que recupera las postulados postcoloniales y post-marxistas expresados por Kwame Anthony Appiah, Homi Bhabha y Toni Erskine. Este cruce teórico permite entender el proceso de crecimiento de los discursos literarios metropolitanos re-producidos en contextos *ex-céntricos*, las prácticas y los modos de apropiación y significación de estos discursos y, por otro lado, comprender el lugar y la acción en el mundo de estos escritores cosmopolitas.

Este libro apunta a ofrecer aquellos casos que convierten América Latina en un centro de producción –y no solo de recepción, como se suele representar– «de modernidades globales e intercambios transculturales» (18) que forman parte de los estudios de literatura mundial, actualmente en auge.

En la primera parte, titulada «World Literature as a Global Relation, o The Material Production of Literary World», Siskind se centra en la cuestión latinoamericana y su lugar en la literatura mundial, espacio de producción literario que existe en presencia de la circulación de textos y objetos que vuelven su forma visible. En el primer capítulo desarrolla su argumentación haciendo hincapié en la novelización de la novela y en la globalización de lo global. Con la primera expresión se entiende el avance de un género que, nacido en Europa, se fue expandiendo hacia otros lugares, y que, además de conformar un modelo literario, respondía a la afirmación de un modelo cultural propiamente europeo. Por otro lado, Siskind ve su implantación fuera de Europa como síntoma del deseo de autodeterminación, de desarrollo material y de progreso por los territorios extraeuropeos. «The world system of novelistic production, consumption and translation reinforces the dream of a global totality of modern freedom with Hegelian overtones» (32). En términos gramscianos, esta relación con las «periferias» se estructura en el reconocimiento de las peculiaridades de estas culturas «otras» de la globalización, de las que incorpora

normas, formas y prácticas estéticas para plasmar un mundo alrededor de un núcleo predominante.

Efectivamente, la otra cara de la moneda es la novelización de lo global, es decir la producción de imágenes de un mundo globalizado proyectadas a través de estas novelas. Las novelas se vuelven escenarios posibles de formas de universalismo y, de esta manera, son papeles tornasol de las formas modernas de agencia y de reproducción de discursos universalistas, en sus diversos matices.

Siskind marca la necesidad de leer diacrónicamente el desplazamiento de «outer-space novels» (globalización de la novela) junto a las figuraciones del universo producidas en cada una de las ubicaciones culturales desde donde se articulan (novelización de lo global). Ofrece el ejemplo de Julio Verne y de sus novelas como fuerza de impacto en la novelización del imaginario del globo y de su descubrimiento en el siglo XIX en relación con el *Viaje maravilloso del Señor Nic-Nac al planeta Marte*, que vio la luz en Buenos Aires en 1875 gracias a la mano de Eduardo Ladislao Holmberg. Más allá de las condiciones en las que se producen las obras de los respectivos autores y del éxito del primero y la casi total desaparición del segundo, la novela de Holmberg es el primer caso de ciencia ficción en la literatura argentina y latinoamericana: resumiendo de modo extremo, se trata de un caso de transplanetación, es decir, de la narración del viaje espiritual a Marte del Señor Nic-Nac. El profesor

de Harvard argumenta: si Verne diez años antes había conseguido imaginar un viaje real de la tierra a la luna, ¿qué es lo que determina una diferencia situacional –un viaje fantasmagórico– en la producción cultural de significado en la novela de Holdmberg? Siskind debate sobre las relaciones entre posibilidad de imaginación, producción de discursos y coordenadas espaciotemporales de procedencia de los autores, además de destacar una fase previa que anticipa las aspiraciones cosmopolitas del discurso del modernismo.

En el siguiente subcapítulo, Siskind apunta a la perspectiva cosmopolita para superar los viejos vicios que se mantienen en la práctica de los World Literature Studies: cuestiones de lenguas, lugares epistemológicos y de recepción, criterios relativos de representatividad, implícita paridad entre literaturas, traducciones y relaciones hegemónicas de circulación, por citar algunas. El caso de *Cien años de soledad* es emblemático de las distorsiones que ha producido: es un caso de canonización de la periferia que refleja el proceso metonímico de representación exótica de un continente y «una universalidad paradójica que rompe los esquemas de la representación del realismo moderno» a favor de una imagen condescendiente de kitch kit de realismo mágico que fascina la metrópoli.

La perspectiva cosmopolita se concreta en un espacio social de relaciones que se mueve entre la globalización de la novela y la novelización de lo global, entre discursos críticos y lugares concretos de intercambios

culturales, que abre los mapas históricos marcados por interacciones y vínculos económicos y culturales asimétricos.

En el caso de García Márquez, esta aproximación cosmopolita permite investigar la producción material de su globalidad y plantear estas preguntas: ¿cuál es el impacto del realismo mágico en África, en el sureste asiático, en el este de Europa o en la zona chicana de EE. UU? ¿Cuándo se tradujeron las obras de García Márquez en estas zonas? ¿Cuál fue su recepción? ¿Cuáles fueron las formas de hibridación con la cultura local? ¿Cuáles fueron las formas de apropiación, de reescritura del realismo mágico en estos contextos?

El segundo capítulo de la primera parte ahonda justamente en «the global life of genres and the material life of magical realism», como se deduce de su título. Siskind investiga ante todo la historicidad transnacional tanto de las trayectorias de elaboración del concepto como de su concreción novelesca. Partida de una postulación de la estética neoexpresionista por parte de Franz Roh, en 1925, y traducida del alemán dos años más tarde por Fernando Vela en la Revista de Occidente dirigida por José Ortega y Gasset, esta expresión evolucionó rápidamente en diferentes, y a veces contradictorias, articulaciones teóricas y novelescas de Uslar Pietri, Alejo Carpentier, Miguel Ángel Asturias y Jacques Stephen Alexis.

Siskind retrata el camino epistemológico y formal que hace que el realismo mágico se haya desarrollado como condición cultural local desde

algunas realidades de América Latina, llegando a plantear, especialmente entre los años 40 y 70, un discurso cultural emancipador a partir de unas particularidades estéticas y retóricas diferentes de las europeas. En este sentido se marca un recorrido que va desde relecturas poscoloniales y políticas del fenómeno hasta el llamado boom de la novela latinoamericana, que por otro lado dio pie a la reconfiguración de un marco teórico que a partir de los rasgos formales y temáticos de lo real maravilloso ofrecía pautas de categorización tanto en clave retrospectiva de otros autores latinoamericanos –emblemático es el caso de la inclusión por parte de Ángel Flores de autores como Borges y Bioy Casares, por citar algunos– o medios de análisis para entender las obras de autores dislocados con respecto al canon occidental, como Salman Rushdie, Toni Morrison, Ben Okri, Latife Takin, Mo Yan o Mia Couto.

A raíz sobre todo del caso García Márquez se asistió a una progresiva «critical domestication» (Djelal Kadir), a la normalización de lo maravilloso y supernaturalización de lo real (Irlemar Chiampi), a la dehistoricización del fenómeno (Young-Hallaman (1992), *Magical Realism Fiction*), que muestran cómo «[g]enres and texts belong to world literature not because of what they are but rather because of what they do» (61). Esta situación lleva, en los años 90, a muchos autores latinoamericanos a criticar la demanda mundial de realismo mágico como exigencia vitalista (Juan José Saer) y a presentar manifiestos críticos como

«Presentación del País McOndo» (1996), que «signifies a new Latin American relation with world literature as a global market where the structural distance between high and popular culture has been collapsed» (99).

En la segunda parte, titulada «Magical Cosmopolitanism, Modernism, and the Desire for the World», se centra efectivamente en el escritor cosmopolita como sujeto situado que en un determinado período histórico —la etapa modernista— responde a las instancias de modernización a través de un discurso universalista. La aspiración hacia al mundo se convierte en un modo de articular experiencias lejanas de América Latina, en este caso, con su sensibilidad cosmopolita. El compromiso de estos cosmopolitas se condensa en un deseo modernizador modernista. El sujeto cosmopolita no coincide con el escritor biológico sino como sujeto situado que asume en una coyuntura histórica específica un modo de responder a las demandas modernizadoras específicas que un discurso particularista, nacionalista o regionalista de la diferencia cultural no satisfaría. «The modernistas cosmopolitan drive must be understood as the reparatory demand for universal equality of those who feel excluded from the banquet of aesthetic modernity» (129).

El caso de José Martí es ejemplar tanto por su experiencia personal como por su relectura crítica. Es un autor que en sus viajes y en sus escritos ha desarrollado su actitud cosmopolita, destacando la crónica del encuentro con «Oscar Wilde», publicada en *El Almendares* de La Habana

y en *La Nación* de Buenos Aires en 1882, desde donde afirma que «conocer diversas literaturas es el medio mejor de libertarse de la tiranía de algunas de ellas». El problema crítico-historiográfico surge a raíz de José Martí como autor-función de la moderna identidad latinoamericana, lo que vuelve difícil la conciliación entre sus instancias particularistas, evidenciadas por ejemplo en *Nuestra América*, y aquellas universalistas. «The desire articulated in “Oscar Wilde” and in the *modernista* world literary tradition Martí inaugurates is not an inward local actualization of universal experience. World Literature is an outward move, a reaching out to the world instead of a translation of it into our terms. It is reading the world in order to inscribe ourselves in it. Indeed, the *modernistas* put together their poetic edifice appropriating tropes and topics from European Literature, but it matters whether critics emphasize Latin America or the world outside its cultural particularity» (121).

Siskind sostiene que esta tradición entre particularismo y universalismo en América Latina nunca se ha resuelto, a pesar de la tradición crítica surgida tras la Revolución Cubana y el Boom de la literatura americana que apuntaba a la autonomía de este campo literario a través de una lectura sincrética del fenómeno. Por estas mismas razones, se ha asistido a un déficit de atención hacia el Modernismo, considerado solo como vertiente estética que no podía expresar deseos de modernización social, económica y política.

Posteriormente, Siskind ofrece diferentes perspectivas sobre algunos autores modernistas y sobre algunas consecuencias entre cosmopolitismo y literatura mundial, como el mexicano Gutiérrez Nájera o el venezolano Pedro Emilio Coll, director de la revista *Cosmópolis*, donde se planteaba un modelo y un discurso cosmopolita sobre la formación de una comunidad universal unida por las sensibilidades estéticas forjadas a través de la literatura.

Interesante es la profundización en la figura del crítico, diplomático y periodista, Sanín Cano, que a partir de Bogotá se fue desplazando entre Londres, París y Buenos Aires. Siskind recupera su texto «De lo exótico», publicado en 1893 en la *Revista Gris*, un manifiesto en plena regla de literatura mundial, con referencia directa a la experiencia de Goethe. El horizonte cosmopolita que indica a los autores españoles y latinoamericanos se orienta hacia la capacidad de alcanzar la modernidad estética a través de la renovación de «sus sensaciones estudiando las que engendra una civilización distinta», la refutación de cualquier nacionalismo y riesgo de aislacionismo, además de un agudo sentido de justicia, humanidad y ética, como destaca el crítico argentino afincado en Estados Unidos en los comentarios y citas presentes en su libro: «Ensanchemos en el tiempo y en el espacio; no nos limitemos a una raza, aunque sea la nuestra, ni a una época histórica, ni a una tradición literaria...» (175). En otros ensayos además Sanín Cano da muestra de una aguda sensibilidad

hacia el comparatismo, al plantear la necesidad de dar cabida en «la patria espiritual del autor» a aquellas obras merecedoras de esta condición más allá de su procedencia geográfica y lingüística, al punto de llegar a postular esta pregunta como título de uno de sus ensayos «¿existe la literatura hispanoamericana?». Aunque su actitud nómada surja de sus andanzas biográficas, su mayor aportación no reside en los cambios producidos en Colombia o en la reformulación de categorías epistemológicas, más bien en su capacidad de unir cosmopolitismo y comparatismo «the desire to escape the smothering isolation of the Latin American ideology of Latin Americanism» (183).

Los casos más salientes son los que conciernen a las figuras de Rubén Darío y Enrique Gómez Carrillo, a sus experiencias cosmopolitas y su relación con el mundo a partir de una visión universalista y modernista construida alrededor del meridiano de París. Darío se vuelve central para la estética modernista y a la vez prototipo latinoamericano de este movimiento –literario y físico, vistos sus múltiples desplazamientos– y de su naturaleza cosmopolita, que expresa su voracidad hacia el mundo, aunque para él este mundo fuera una emanación de una mirada desde París. Ese cosmopolitismo de marca francesa de Darío se percibe desde su poemario *Azul* (1888) y se explica como deseo de modernidad, que en su caso coincidía con Francia como modelo de civilización y con su poesía simbolista en la formación estética. El horizonte de la

imaginación mundial que construye se proyecta a partir de universales modernistas franceses: «France is not another particular culture, or even a cultural *primus inter pares*; it is the linguistic and cultural body of the universal itself, the condition of possibility of culture as humanity's dhared patrimony» (195).

Esa condición se proyecta en la voluntad de expandir este acceso a la modernidad a través del reflejo francés, del que da muestra en su antología *Los raros*, una recopilación de 19 autores editada en Buenos Aires en 1896, de los cuales la mayoría son franceses y con la presencia de dos autores hispanoamericanos, los cubanos Augusto de Armas (que escribía en francés) y José Martí. Siskind ahonda en el choque-debate de Darío con el escritor y académico francés afincado en la capital argentina, Paul Groussac. Ambos coinciden en la visión de Francia como epicentro del mapa mundial de la modernidad, pero difieren en la relación que Latinoamérica tiene que mantener con aquella cultura y su posición de faro en la cultura mundial. «What poetic configurations would allow Latin America to synchronize itself with the Greenwich meridian of modernity that Paris represented?» (205). Groussac, que introdujo los autores franceses de la época a la Argentina y movió críticas a la selección «rara» de Darío, sostenía una posición próxima a los conceptos de originalidad y de imitación al ver pocas posibilidades de sincretismo entre la naturaleza híbrida de la cultura latinoamericana y la modernidad francesa. Darío, en

un artículo publicado en *La Nación*, «Los colores del estandarte», veía en cambio la posibilidad de reelaborar en español la mentalidad gala y hacer de lo moderno «un reino mental» (*Prosas profanas*). A pesar de las desilusiones y de los traumas que conllevó su relación con París, que Siskind esboza, para Darío, Francia representaba el mismo concepto de libertad y traducir del francés la vía para la modernización.

Enrique Gómez Carrillo es otro caso de autor que presenta la literatura francesa como norma universal de modernismo y París como punto de arranque desde el que marcar relaciones literarias cosmopolitas. A diferencia de Darío, su fama historiográfica no fue tan evidente, aunque desempeñó un papel importante tanto por su práctica cosmopolita —«Gómez Carrillo anticipated Borges by almost sixty years. He cannot help but read *Li Tai-pe* from Baudelaire, Darío, And the modernist prescriptions to the French-Polish critic and translator Théodore Wyzewa, who was famous in Paris at the turn of the century for his forceful defense of symbolist aesthetics» (167)— como su capacidad de reproducir nuevos imaginarios del mundo. Mariano Siskind, de hecho, retrata la capacidad por parte de Gómez Carrillo de incluir en sus diferentes crónicas de viaje, especialmente *De Marsella a Tokio: Sensaciones de Egipto, la India, la China y el Japón* (1906), no solo una mirada francesa de la modernidad como cuando compara la capital francesa con Saigón, Shangai y Buenos Aires, sino que también visiones alternativas

que desplazan sus mismas expectativas exóticas y ofrecen puntos de vista y voces diferentes con respecto a los lugares que visita. Las crónicas de Gómez Carrillo llegan de París a Madrid, de México a Argentina y en todos los lugares intermedios donde circulan, oscilando entre «a ready-made Orientalism toolkit and attempting to undo and destabilize the exorcist fascination with the landscape of Asian cultural difference» (233), como en el caso de Yokohama, de la que caracteriza su singularidad de ciudad moderna de negocios, mostrando «the global totality of cultural modernism/capitalism» (241).

El último subcapítulo se dedica al concepto de otredad y a la construcción de un espacio de diferencia por parte de la cultura occidental como función del discurso sobre Oriente, como ya había argumentado Edward Said. Por otro lado, esta perspectiva se investiga a través del caso concreto del rol que desempeñan los judíos y su imagen en el mapa de sameness and otherness de sus crónicas, a raíz del caso Dreyfus, que vive en directo durante su estancia parisina.

La lectura del conjunto del ensayo resulta recomendable para poder entender la linealidad de la argumentación presentada por Siskind, especialmente para destacar la complementariedad de los casos presentados como diferentes piezas de la relación teórica entre literatura mundial, cosmopolitismo, modernismo y formación de discursos sobre la modernidad global en las voces de protagonistas, a la vez, latinoamericanos y mundiales. El rico aparato de notas

y de comentarios se muestra necesario para apuntalar una visión mucho menos armónica, pero más articulada de la fenomenología mundialista a partir de narraciones latinoamericanas, cuyas geografías, no solamente modernistas, se construyen y tienen que analizarse a partir de sus *tensiones productivas* (260).

Marco PAONE
*Universidade de Santiago
 de Compostela*
 marco.paone@usc.es,
 m.paone84@gmail.com